

HISTORIADORES DE LA PUEBLA DE MONTALBAN

Excelentísimos e ilustrísimos señores.

Señoras, señores.

No por obligación protocolaria, sino por espontánea, íntima y cordial decisión tengo que manifestar públicamente en estos momentos mi reconocimiento y gratitud a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, y de un modo particular a su presidente, nuestro querido amigo y colega ilustrísimo señor don Rafael Sancho de San Román, por la impagable deferencia que han tenido con La Puebla de Montalbán al tomar el acuerdo de celebrar en este lugar una sesión extraordinaria, la primera que realiza la Academia en corporación fuera de su sede oficial.

Bienvenidos, pues, señores académicos a La Puebla de Montalbán. Permitidme que con toda el alma os manifieste mi más acendrado afecto a todos y a cada uno de vosotros en particular y corporativamente. Vuestro desplazamiento en esta fecha es un claro testimonio que acredita, una vez más, vuestra hidalga condición de obligados centinelas y celosos amantes del Arte y de la Historia de Toledo.

Como es notorio, dos Académicos Correspondientes tiene destinados en La Puebla de Montalbán la Real Academia de Bellas Artes, don Rafael Fernández Pombo y el que en estos instantes está en el uso de la palabra. Dos Académicos Correspondientes en un mismo pueblo es un hecho ciertamente insólito que hace particularmente obligada su intervención en un acto tan importante y singular como el presente. Por quien tiene confianza y autoridad para ello he sido designado para romper el fuego en el turno de oradores. Aquí estoy, pues, dispuesto a aportar la parte alícuota de mis particulares y menguados saberes, leyendo unas cuartillas acerca de un tema que he considerado oportuno para la presente ocasión; *Los historiadores de La Puebla de Montalbán*. Atrayente tema para un pueblano como yo, profundamente enamorado de su pueblo, aunque no dejo de reconocer que es empresa demasiado ambiciosa para intentar afrontarla con un mínimo rigor metodológico conociendo mis limitaciones. Sirva de atenuante a este atrevimiento la autoridad del padre Fita, ya que fue este ilustre epigrafista el que despertó mi curiosidad y agujijoneó mi voluntad para elegir dicho tema. Ved cómo fue la cosa.

En el mes de julio de 1888, el padre Fidel Fita viene a La Puebla, donde tiene un buen amigo, don Manuel Muncharaz y López, secretario a la sazón del Ayuntamiento. Juntos visitan el archivo parroquial, en el que pasan largo rato hojeando libros y tomando notas. Aquel mismo día, 18 de julio, el padre Fita regresa a Toledo, donde nada más llegar escribe a su amigo la siguiente carta: «Mi querido amigo: Mi plan en llegando mañana a Madrid será imprimir desde luego en el Boletín de la Real Academia de la Historia la relación que hicieron en febrero de 1576 por orden del Rey Don Felipe II, las personas más autorizadas de esa Villa acerca de su historia, datos estadísticos, geográficos, etc. Convendría asegurarse por vía de ilustración de las personas que actúan en la relación y son: 1) Juan de Cardeña, vicario de las iglesias de la villa. 2) García Díaz, notario apostólico. 3) Juan Martínez, primer relator vecino de Montalbán. En la relación no tiene mayores indicios de su personalidad, pero aparece que era seglar por su estilo y manera de contar, sería de edad provecta y probablemente concejal, sino alcalde. Y 4) El bachiller Ramírez Orejón, clérigo. Ignoro el nombre de pila de este segundo relator, hombre instruido para su tiempo, y que iba al fondo o las fuentes de la historia, citando documentos que había manejado. Me importa saber el nombre de pila, a ser posible asegurarnos de que tanto él como Juan Martínez eran hijos de esa población, porque en ese caso merecerían ser inscritos entre los hijos ilustres de la villa por ser los dos primeros historiadores de ella o los más antiguos que han llegado a nuestra noticia.»

Hasta aquí lo esencial a nuestro propósito de la carta del padre Fita. No había, pues, la menor duda. El Director de la Real Academia de la Historia concedía lisa y llanamente categoría de historiadores de La Puebla de Montalbán a Juan Martínez y a Ramírez Orejón. Por consiguiente, había levantado la liebre y todo invitaba a seguir por ese camino aun a los simples aficionados como yo, indagando noticias sobre uno y otro historiador y tratando de buscar otros continuadores a los que, también en justicia, se les pudiese aplicar el mismo calificativo de historiadores de La Puebla. En efecto, nuestras pesquisas nos permiten aportar nuevos datos de Juan Martínez y Ramírez Orejón, y además, nos han llevado al conocimiento de la existencia de otras personas que dejaron testimonio escrito del pasado de La Puebla, y a las que también por derecho propio no dudamos en catalogar como auténticos historiadores, si por historia se ha de entender todo lo que lleve al conocimiento del pasado, en tanto en cuanto abarque cualquier aspecto de la cultura humana.

Se comprende, no obstante, que si hubiéramos de afrontar nuestra tarea con criterio de tal amplitud, la lista de los posibles historiadores sería tan numerosa que sólo en su enunciación agotaríamos con creces el tiempo que se nos ha concedido y posiblemente también vuestra paciencia. Si, pues, en este empeño, el bosque resultaba tan frondoso no quedaba otro camino que el de hacer una buena poda. En este sentido hemos optado por dedicar nuestra atención a los historiadores ya desaparecidos, y de éstos, solamente a los que hemos tenido más fácil acceso. Pese a este restrictivo criterio de selección no podemos en justicia dejar de citar los nombres de don Clemente Palencia, don Julio Porres, don Luis Moreno Nieto y don Fernando Jiménez de Gregorio, entre los que por fortuna tenemos entre nosotros.

Comenzamos ya este breve apuntamiento por los que sin duda hay que considerar como los historiadores *princeps* de La Puebla: Juan Martínez Gómez y Gaspar Ramírez Orejón. El primero, nacido en La Puebla el día 6 de enero de 1548, y el segundo, cuya partida de bautismo no hemos podido localizar, quizá por haber nacido con anterioridad al año 1544, fecha en que se abre el primer libro de bautismos, pero del que sabemos que vivía en 1569, nació también en La Puebla, según se desprende de una escritura que otorgó en 9 de diciembre de 1610.

Las relaciones que dieron uno y otro en 10 y 15 de febrero de 1576, respectivamente, ante el vicario Juan de Cardeña y el notario apostólico García Díaz de Rojas, representan hasta el momento actual la principal aportación al conocimiento histórico de La Puebla. No podemos detenernos en hacer siquiera un somero repaso de aquellas importantes declaraciones, de otra parte tan conocidas, y que responden plenamente a las preguntas del extenso cuestionario ordenado por el Rey Prudente, tanto en su contenido histórico, como en el geográfico, estadístico y económico; y aunque, como dice el padre Fita, las dadas por Ramírez de Orejón se ajustan mejor a los principios más exigentes de todo relato histórico, unas y otras —a nuestro entender— se complementan y perfeccionan. Dado que no podemos hacer un estudio pormenorizado de ellas en la presente ocasión, nos interesa llamar la atención acerca del completo acuerdo que manifiestan los dos relatores cuando se refieren al puente sobre el río Tajo, cuestión ésta que consideramos de actualidad y causa próxima, al menos, de la sesión que estamos celebrando.

Coinciden ambos historiadores en que «en el río Tajo hay una

puente, la cual es un puerto de los más principales de su Majestad, puente para el paso de los ganados de la cabaña real, y que la dicha puente es la más mala que se puede imaginar, porque es de madera toda, sino es un poquito, y a tercer día se caen pedazos de ella, y donde peligran muchas personas y bestias». He tenido interés en transcribir el párafo anterior porque casi con idénticas palabras vienen a decir lo mismo que dijeron 152 años antes los honrados procuradores de la Mesta a la reina doña Leonor de Aragón, cuando en 1423 se firmó la escritura de transacción entre los procuradores de la Mesta y la reina en el Monasterio de Santa María de las Dueñas, de Medina del Campo. En el citado documento se dice que la reina doña Leonor, dueña del territorio de Montalbán, confiesa que posee un puente en el río Tajo, cerca de la villa de La Puebla de Montalbán, que es de madera y que las avenidas del río se le llevan algunas veces con el consiguiente peligro para los hombres y los ganados, y en su virtud, la reina se obliga a hacer una puente de cal y piedra en lugar de la de madera a partir del primero de mayo de 1424. Promesa que no cumplió, como vemos por las declaraciones de Juan Martínez y Ramírez de Orejón. De los referidos datos nació la aventurada opinión que dimos hace cuatro meses de suponer que la estructura de madera que ha quedado al descubierto debajo del puente sobre el río Tajo, a causa de la bajada de las aguas del río, pudiera ser restos de aquel peligroso puente de madera que tantos disgustos causara a nuestros antepasados. Sin embargo, nuestra suposición no parece acertada por dos razones. La primera, porque según hemos podido saber recientemente, el puente actual se construyó en el año 1579 por orden del Consejo de Castilla y a costa del Reino de Toledo, es decir, tres años después que dieran las relaciones Juan Martínez y Ramírez Orejón; y la segunda, porque según opinión de técnicos competentes, para la construcción de un puente de las dimensiones y características del de La Puebla, era corriente en aquel tiempo construir previamente una estructura de madera semejante a la que tiene este puente y sobre la que necesariamente debería de asentar el definitivo puente de fábrica. Si esto es así y nosotros no podemos ponerlo en duda, que este escarceo histórico sirva al menos para llamar la atención sobre la referida estructura de madera, reliquia arqueológica de inolvidable valor, y para advertir del serio peligro que puede suponer para este viejo puente, en fecha más o menos lejana, al haber quedado al descubierto la referida estructura de madera, ya que las cepas del puente están cimentadas sobre ella.

Trasladémonos ahora al siglo XVIII para ocuparnos del presbítero don Manuel Muncharaz y Olarte, historiador nacido en La Puebla el día 22 de marzo de 1745 y fallecido en este mismo lugar el día 2 de noviembre de 1814, a los 68 años de edad. De este ilustre pueblano, su pariente y sucesor don Casimiro López Olarte dijo años más tarde que era un gran teólogo, escultor correcto, predicador elocuente, ebanista primoroso y gran conocedor de las ciencias naturales, si bien su gran humildad oscureció sus méritos. A nosotros nos corresponde ahora resaltar su condición de historiador eminente, por ser autor de un importante manuscrito que se conserva en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional con el número 7.309. En dicho manuscrito se contienen las relaciones que en 1788 envió a don Tomás López y Vargas Machuca en cumplimiento de lo dispuesto por el cardenal Lorenzana. Dichas relaciones son un concienzudo estudio histórico, geográfico y económico de La Puebla, al estilo de las dadas dos siglos antes por Juan Martínez y Gaspar Ramírez Orejón. Tal empeño puso el señor Muncharaz Olarte en que sus relaciones fuesen lo más completas posible, que en una de las cartas que dirige a don Tomás López pide disculpa por lo extenso y prolijo que es en los datos que le manda, y añade, pero sobre lo que abunda no daña, y que no lo escribía sólo para él, sino que su intención era hacer un cuerpo de doctrina de todas las noticias que había adquirido en muchos tiempos. De su probidad científica nos da cierta idea el hecho de que para cumplimentar debidamente el cuestionario que le remitieron no tuvo reparo alguno —y así lo manifiesta— en recabar ayuda de otros expertos del pueblo, cuando se trataba de responder sobre materias que él no dominaba, tal como sucede al contestar al capítulo referente a las hierbas y plantas medicinales en que recurre al boticario Juan Miguel Jiménez Revenga; o como cuando informa sobre los conventos de franciscanos y de concepcionistas, en que acude en demanda del oportuno informe al vicario y a la abadesa de las respectivas congregaciones.

Respecto del puente sobre el río Tajo, anota que tiene 957 pies de largo y 16 pies de ancho; que se reedificó en 1786, durando las obras siete años, y colocándose al final de las mismas, a la entrada del puente, una pirámide de granito con una tabla de jaspe en la que constaba el año y el reinado de la reparación. La pirámide aun se conserva en buen estado; la tabla de jaspe desapareció hace tiempo.

Finaliza el manuscrito de don Manuel Muncharaz con un inte-

resante plano de La Puebla del que dice que está hecho sin arreglo y sin medidas, para dar una idea de su formación y de las calles, manzanas y edificios principales, con una leyenda explicativa al margen, y otro plano más del castillo de Montalbán, con sus correspondientes medidas. Ambos planos son los más antiguos que conocemos de La Puebla y del castillo de Montalbán.

Bien quisiéramos tener tiempo suficiente para al menos hacer un sucinto recuerdo de otros datos curiosos e interesantes de don Manuel Muncharaz y Olarte. Comprendemos que no es posible hacerlo en este instante. Quede, sin embargo, constancia de que su figura es una de las más preeminentes de la historia de La Puebla y que a él ha de recurrir forzosamente todo aquel que quiera entender de su pasado.

Siguiendo el orden cronológico nos corresponde ocuparnos ahora de don Casimiro López Olarte, nacido también en La Puebla el día 30 de enero de 1843 y en la que acabó sus días el 26 de diciembre de 1912. Licenciado en Derecho, alcalde de La Puebla en dos ocasiones, gozó de gran ascendencia entre sus convecinos. Es don Casimiro autor de un opúsculo titulado *Breve noticia histórica de la villa de La Puebla de Montalbán*, de 38 páginas, editado en Talavera de la Reina en la Imprenta Artística, en abril-mayo de 1911, y autor también de otro opúsculo de 42 páginas acerca de la Virgen de la Soledad y de su ermita, editado en Torrijos en el año 1910 en la imprenta de Alvarez. Esta última obrita ha sido reeditada por nosotros el año pasado, con algunas adiciones. Una y otra son dos preciados trabajos en los que el autor recoge, según confesión propia, algunas antigüedades de la villa de las que antes que él han escrito algo otros y cuyos manuscritos se han perdido. Yo he coleccionado —añade— lo que he podido encontrar y lo publico. Pero también hay en los escritos del señor López Olarte aportaciones propias, relativas a sucesos de los que el autor tuvo conocimiento por sí mismo o por sus contemporáneos. Así sucede respecto de las vicisitudes sufridas a lo largo de los años por los monumentos de La Puebla, «de los estragos que ocasionaron las leyes desamortizadoras que dejaron al pueblo sin las fincas donde los pobres tenían seguro amparo, como eran las tierras en la dehesa de la Soledad y en los Ayozares, las leñas y el esparto de Zarzuela, Nohalos, Barrinchez, Castrejón y otras, cercenando los terrenos alrededor del pueblo y haciendo desaparecer por completo la riqueza pecuaria que el pueblo tenía en el siglo XVIII».

Igualmente relata los sucesos que acaecieron en La Puebla du-

rante la invasión francesa, recogidos de viva voz de testigos presenciales, anotando entre ellos la estancia en La Puebla de José Napoleón I, las escaramuzas entre tropas francesas y pueblanos y la importante y decisiva actuación que en aquellas circunstancias tuvo nuestro historiador don Manuel Muncharaz y Olarte, quien hablando correctamente francés pudo conseguir del jefe de las tropas francesas que sus soldados no arrasasen el pueblo. Cita también entre los nombres de las familias nobles de La Puebla, los de Cepeda, López Dávila, Ayala, Guzmán, Amezcua, Rivadeneira, Manzaniillas, Muncharaz, Correas, Castro, Olarte, Vélez, Gálvez, Téllez y Santa Cruz. Entre los hijos ilustres menciona a Fernando de Rojas, Francisco de Cepeda y el cardenal Belluga, si bien de este último aclara que existen dudas de que naciera aquí, pero no así toda su familia que era de este pueblo. De Cervantes dice que debía de conocer La Puebla porque la menciona en su entremés «*Los dos habladores*». Finaliza su trabajo dirigiendo a los archivos de las Casas de los Duques de Frías y de Uceda a todos aquellos que descen ampliar noticias acerca de La Puebla.

Contemporáneo de don Casimiro López Olarte es el historiador don Tomás de Echevarría y Mayo, médico nacido en Polán en 1851 y fallecido en La Puebla el 25 de junio de 1909, a los 58 años de edad. Los que conocieron a don Tomás aseguran que era un auténtico médico de pueblo que ejerció y vivió la medicina con verdadera vocación, y uno de sus contemporáneos, el doctor don Pedro Gallardo, cirujano del hospital de la Misericordia de Toledo, decía de él que era uno de los médicos más ilustrados de la provincia. En la biografía de don Tomás llama poderosamente la atención la curiosidad científica y el ansia de superación que tuvo a lo largo de su vida, lo que le permitió cumplir con la penosa tarea de visitar diariamente a los enfermos en un pueblo de las condiciones topográficas y sociales de La Puebla de entonces, colaborar en varias revistas y periódicos profesionales tales como *El Bisturí*, *El Dictamen*, *Revista de Medicina y Cirujía prácticas*, y de paso formar una nutrida y selecta biblioteca cuyos libros, en su mayor parte, fueron a engrosar los fondos de la biblioteca toledana de San Juan de los Reyes.

Pese a tanta actividad aun le sobró tiempo a don Tomás para escribir en 1887 un importante libro titulado «*Datos para el estudio médico-topográfico de la villa de La Puebla de Montalbán*», obra que fue premiada con medalla de oro y el título de Académico correspondiente por la Real Academia de Medicina de Barcelona. De esta obra, que fue editada en Madrid, en el Establecimiento

Tipográfico de Felipe Pinto, calle de los Caños, número 4, sólo podemos dar un compendio que es el siguiente: «Dedicatoria. Prólogo. Introducción. Historia. Descripción de La Puebla de Montalbán y de su término. Historia natural (geología, mineralogía, fauna y flora). Hidrografía, atmosferología, población. Condiciones individuales, morales y sociales, género de vida y alimentación de sus habitantes. Riqueza y producción. Aplicaciones médicas de higiene pública y policía médica. Patología. Enfermedades endémicas y epidémicas. Movimiento de población, mortandad y longevidad. Epílogo.» Contiene además la obra un plano con los caminos y veredas de la población y de su término. Basta este breve sumario para que podamos apreciar la importancia de la obra del señor Echevarría, en orden al conocimiento de la historia de La Puebla de Montalbán.

Otra destacada figura de este catálogo de historiadores de La Puebla es don Casto María del Rivero y Sainz de Varanda, nacido en Madrid el 18 de octubre de 1873 y fallecido en La Puebla el día 8 de septiembre de 1961, donde está enterrado. Disculpádmeme si en estos momentos os digo que don Casto me honró con su amistad y afecto cuando, después de su jubilación, vino a vivir a su casa solariega de La Puebla, y que fui su médico de cabecera en su última enfermedad. En aras de esta amistad permitidme también que reseñe algunos de sus títulos facultativos y méritos profesionales que fueron muy numerosos: Archivero de la Casa Real y Patrimonio, Premio extraordinario de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, Subdirector del Museo Arqueológico, Académico correspondiente de la toledana de Bellas Artes y Ciencias Históricas, de la Sociedad de Geografía y de la de Arqueólogos portuguesas, de Lisboa, Presidente fundacional de la Tertulia Cultural y Director Técnico honorario del Colegio de Segunda Enseñanza de Padres Franciscanos de La Puebla de Montalbán. De sus numerosas publicaciones sólo mencionaré *El Ingenio de la Moneda en Segovia*, *Los Maravedises de la Casa de Austria y de la Casa de Borbón*, *La Moneda Árabe-Española*, *Índice de las Tres Crónicas de los Reyes de Castilla*. Preparación, introducción e índices adicionales al *Viaje de España*, de don Antonio Ponz, y en último lugar, *Apuntamientos para un catálogo sistemático de los Escudos de los Reinos, Provincias y Municipios de España*, obra ésta inacabada cuando le sorprendió la muerte. Varias de sus publicaciones tuvo la gentileza de fecharlas en La Puebla de Montalbán de la que, justo es decirlo, fue un ferviente enamorado tanto de sus tradiciones como de su progreso. Nosotros tenemos la suerte de conservar algunas de sus

cartas, así como unos apuntes manuscritos sobre Fernando de Rojas, el cardenal Pacheco, el castillo de Montalbán y Melque. También unas cuartillas suyas con anotaciones sobre *Montalbán Arqueológico e Histórico*, en las que se recogen las vicisitudes del territorio de Montalbán comenzando por sus primeros pobladores, los carpetanos, la infiltración fenicia de los penos, a cuya estirpe se debería el topónimo Melque, y la de los celtas con el significativo topónimo de Magán, nombre de una fuente que continúa corriendo en nuestros días; sigue después la presencia de los pretores romanos Fulvio Nobilior y Fulvio Flaco, este último sitiador de la antigua Libora, lugar donde se localiza hoy a la antigua Puebla de Montalbán; las incursiones cartaginesas de Asdrúbal Barca, reclutando soldados en la Carpetania para ir en ayuda de su hermano Aníbal; los hallazgos en 1901 de la lápida dedicada a Licinia en el predio llamado del Alariche, de la Dehesa Nueva, del áureo de Nerón y de la figurita de bronce representando al dios Mercurio en el paraje denominado de Soto Redondo, sitios éstos muy próximos a donde se encontró en 1975 una escultura de granito representando un verraco y los restos de una estela de caliza labrada de origen romano, restos arqueológicos que fueron llevados al Museo Arqueológico de Santa Cruz de Toledo, de los que di cuenta a nuestra Academia.

No es posible abusar más de vuestra paciencia. Pero antes de poner punto final a este recuerdo sobre los historiadores de La Puebla de Montalbán debo citar sólo dos nombres que no es posible silenciar: don Jerónimo López de Ayala y Alvarez de Toledo, vizconde de Palazuelos, conde de Cedillo, por cuanto dejó escrito sobre La Puebla en su conocido *Catálogo Monumental y Artístico de Toledo y su Provincia*; a don Gervasio Velo y Nieto, el alcalde de Trevejo, cacereño de Perales del Puerto y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la de Bellas Artes de Toledo, por su importante trabajo acerca de «La Villa y el castillo de Montalbán», publicado en la revista «Provincia de Toledo» el año 1962. Muchas gracias.

JULIÁN MARTÍN-ARAGÓN ADRADA
Correspondiente